

La Historia de Mi Vida

—Por Joe Louis—

—IV—

Cuando tenía cerca de diecisiete años, mi madre dispuso que yo recibiera lecciones de violín, suponiendo que sería alumno aprovechado, pero sólo recibí cinco o seis clases. No llegué siquiera a tocar la escala completa. Un violín resultaba cosa muy pequeña en mis manos.

Lo que ocurrió es que vine a interesarme seriamente en el boxeo. En el gimnasio de la escuela Bronson me puse los guantes por primera vez, lo mismo que los otros muchachos. Pensé que quizá podría pelear en la competencia de los Guantes de Oro y ser alguien. De noche nos quedábamos en las esquinas hablando acerca de las grandes sumas de dinero que los boxeadores recibían. Thurston McKinney, que estaba en una clase algo más avanzada en la escuela Bronson, decía que los violinistas no hacían dinero, y señalaba en cambio las cantidades que ganaban pugilistas como Kid Chocolate y Jack

Dempsey. Me mostró una revista, "Ring Magazine," que indicaba que éstos obtenían en una sola pelea más de lo que ganaba un violinista en toda su vida. Me hablaba en esta forma, y la idea de hacer dinero finalmente se me metió en la cabeza.

Thurston me vió vencer fácilmente con un golpe de izquierda a un muchacho mexicano en el gimnasio de la escuela un día y manifestó que yo tenía "madera" y debía prepararme para ser boxeador. "Para ser violinista," repetía, "tienes que tener una educación. Tienes que saber leer las notas." Y presentaba otro buen argumento, diciendo que si yo comenzaba a pelear, podría obtener cheques por siete a veinticinco dólares, aún como aficionado, en tanto que pasarían años antes de que pudiera entrar en una orquesta y ganar dinero con el violín. Esto parecía razonable. Hasta una suma de siete a veinticinco dólares parece muy grande, cuando no se tiene nada.

Imaginé que Thurston no habla

ba por hablar, porque él mismo estaba recibiendo cheques por peleas de aficionados. Antes de que yo iniciara mi carrera pugilística, Thurston llegó a ser campeón aficionado de peso liviano en Michigan. Ahora trabaja en el Sunnie Wilson, un restaurante y boliche de negros en Detroit. Thurston era un buen boxeador, pero no alcanzó las oportunidades que yo tuve.

El fué quien me puso en camino. Dejé a un lado mis lecciones de violín, utilizando el dinero para pagar las de boxeo. Salía de casa con el violín, que luego guardaba en un armario del Brewster Recreation Center, y pasaba a ponerme los guantes para medirme con los otros muchachos. Atler Ellis fué mi primer entrenador allí. Mucho fué lo que me enseñó. Pero yo no podía dedicar todo mi tiempo a esto. Conseguí trabajo en la fábrica Briggs, con un salario de \$25.00 por semana. Salía de ella a las cinco de la tarde, iba a casa a comer y luego me dirigía al gimnasio.

MANILA

Canción patriótica (Marcha)

—<—

Música de la eminente pianista Sta. Carmen Abella.

Podrá adquirir las copias, al precio de 2 Pesos, en las oficinas de esta Revista, Azcárraga 2109.

A V I S O .

ESPLÉNDIDA OPORTUNIDAD.

Por falta de espacio nos vemos obligados a ofrecer en venta lo siguiente:

Una (1) "Planta" completa para "ICE DROPS" con capacidad para 10.000 Unidades; "Planta" para "ICE CREAM" (sorbete) de 100 galones de capacidad; Tres (3) aparatos para destilar con calderas de 25 c de f; Máquinas completas para fabricar botones, trituradoras y motores eléctricos.

Las personas interesadas pueden comunicarse con los vendedores, calle Azcárraga No. 1236, esquina a la calle de Magdalena. Tel 2-97-63.

Un sábado, al regresar del gimnasio, encontré en mi casa al maestro de música, quien informó a mi madre que yo faltaba a las lecciones. Ella quiso ver mi tarjeta de notas, pero yo la había destruido, y se lo declaré así, diciendo a mi madre que deseaba ser boxeador, y no violinista. El maestro me ayudó, afirmando que nunca llegaría a ser gran cosa con el violín. Mi madre se mostró razonable, manifestando que si alguno de nosotros deseaba ser algo en el mundo, ella trabajaría para que lo fuera, como había enviado a mi hermana Eulalia a una escuela especial en Birmingham, aunque sin grandes resultados.

Obtuve una solicitud para participar en el torneo de los Guantes de Oro, pero no la llené. Un día, al regresar a casa, mi madre la tenía en la mano y me preguntó: "Joe, no vas a hacer nada acerca de esto?" Yo entonces la llené y envié,

y así fué como comencé.

Mi madre me hizo continuar entrenándome y en noviembre de 1932 o principios de 1933 realicé mi primer encuentro como aficionado, en el Edison Athletic Club. Yo pesaba en aquel entonces alrededor de 168 libras, y me eligieron como contrincante de un muchacho blanco llamado Johnnie Miller. Este era boxeador desde hacía varios años, en tanto que yo era enteramente nuevo en el oficio. Miller poseía un par de títulos conquistados en torneos de aficionados, y había participado en la Olimpiada de Los Angeles. Yo no logré pegarle ni un buen golpe. Me derribó siete veces en dos rounds, más de lo que cualquiera otro logró hacer después. Me tuvo confundido todo el tiempo, y cuando me dirigía hacia mi casa aquella noche me sentía humillado y deprimido. Había obtenido un cheque de siete dólares por la pelea, que di a mi madre.

Ella me apoyó en esta oportunidad, diciéndome: "Joe, si deseas seguir con el boxeo, puedes hacerlo. Si eso es lo que quieres hacer, yo trabajaré para que lo realices." Pero mi padastro no creía que yo pudiera avanzar mucho en el pugilismo. Se mostró amable en esto. Sus palabras eran las de un padre, empero, y mi madre tuvo que acatarlas. Yo obtuve trabajo en el edificio "B" de la fábrica Ford en River Rouge, y estuve lejos del ring durante seis o siete meses. Luego me inscribí para los Guantes de Oro, en la sección de novicios. Mi madre aprobó esto. Todavía estoy ausente con permiso del edificio "B" Hace unas semanas vi a Henry Ford II y le recordé que yo nunca había renunciado de su empresa. Mi tarjeta de obrero está todavía allí.

(Continuará.)

TARJETAS

Por BROMERAL

EL OASIS

En una tarde, de esas que apasionan y clavan en el corazón la espina del dolor de la existencia, mientras hojeaba las páginas de la revista SEMANA, que dignamente dirige el simpático y amable poeta y literato Don Manuel López Flores, me consolaba leyendo sus interesantes artículos. Aquello fué como el oasis de mi vida, "planta crecida al sol, teme al invierno, y, además, de la casa que está fría, huye de espanto hasta el amor más tierno", que diría el poeta De Jesús.

LOS ROMANTICOS

Porque, ¿quién se acuerda de este pobre obrero de la pluma, ya casi sepultado en la gleba del olvi-

do por aquellos que no supieron amar lo bello, ni embellecer el amor? Yo pertenezco a la progenie de los llamados "románticos", unos caballeros andantes y aventureros por los campos de Montiel, perseguidores del Ideal y forjadores contumaces de lo inconcebible, que marchan al compás del hambre y de la ilusión.

BANCARROTA MORAL

Por ser idealista, yo soy enemigo acérrimo del que se encharca en el limo hediondo del materialismo, sin dejar de ser realista, estatua muda de la bancarrota moral, figura representativa de todas las opresiones sentimentales. ¿Qué sería entonces del mundo sin ilusión? Amar lo bello es ser un iluso, poseer un alma de artista y ser, al mismo

tiempo, vida y pasión, fundamento del bien querer que es la poesía confirmada en estos bellos pensamientos de Bécquer:

"No digáis que agotado su tesoro, de asuntos falta, enmudeció la lira:

Mientras las ondas de la luz, al beso palpiten encendidas;

Mientras el sol las desgarradas nubes, de fuego y oro vista;

Mientras el aire en su regazo lleve, perfume y armonías;

Mientras la humanidad avance sin que sepa do camina;

Mientras exista una mujer hermosa, habrá poesía.

Mientras haya unos ojos que reflejen los ojos que los miran; Mientras haya una boca suspirando a la que suspira, siempre habrá poesía..."